

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cotina (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 10 DE JUNIO DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes.

Fuera, trimestre.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

TUM 648



La Señora

D^a MARIA LUISA HERRERA YEPES

HA FALLECIDO EN LA VILLA DE ULEA

el día 9 de Junio de 1902

A LOS 33 AÑOS DE EDAD

R. I. P.

Su desconsolado esposo D. Damián Abellán Miñano, afligido padre D. Francisco Herrera Salinas, hermanos D.^{os} Dolores, D. Julián, Doña Francisca y D. Luis, hermanos políticos, entre ellos D. Ambrosio Abellán Miñano y demás familia;

Participan a sus amigos tan dolorosa pérdida y les suplican rueguen a Dios por el eterno descanso de su alma, por lo que les quedarán reconocidos.



EL NIÑO

JOSE ANTONIO GUERRERO GIMENEZ

ha subido al cielo en la tarde de ayer

A LOS CUATRO AÑOS Y MEDIO DE EDAD

Sus inconsolables padres D. Mariano Guerrero Martínez y Doña Fuensanta Gimenez Moreno, hermanos, abuelos, tíos, primos y demás parientes;

Participan a sus amigos tan sensible pérdida. La traslación del cadáver se ha verificado en la tarde de hoy.

Murcia 10 de Junio de 1902

DE ACTUALIDAD

Gratitud obliga

De aquella hermosa explosión de caridad y fraternidad, que siguió a nuestra terrible inundación de 1879, quedó recuerdo imperecedero en la memoria, y más que en la memoria, en el corazón de todos los murcianos.

Todos los pueblos rivalizaron en santa emulación, por enviar recursos al teatro de la espantosa catástrofe, que aliviase la triste situación de los supervivientes.

La vecina nación francesa, sobresalió de tal modo en la caritativa empresa en pró de los desgraciados huartanos de esta rega, que el lazo que desde entonces había de unirnos indisolublemente, quedó sellado en las hermosas páginas del «Paris-Murcia» y del «Murcia-Paris».

Francia, la generosa Francia, no solo puso a contribución su dinero y sus recursos cuantiosos, sino también el genio de sus artistas y la inspiración de sus poetas y escritores.

Todo ello se tradujo en socorros materiales y en consuelos morales tan grandes, como grande es en sus empresas todas aquella admirable nación.

Hoy Francia viste de luto, porque en su territorio, en una colonia suya en que ondea el pabellón tricolor, ha surgido una catástrofe espantosa, que ha costado la vida a treinta y cinco mil seres humanos.

¿Qué importa el color de su piel, qué importa que se trate de negros o de blancos? Se trata de hermanos nuestros y de súbditos de Francia, y basta esta doble consideración a provocar un movimiento de piedad en favor de los infortunados supervivientes, víctimas de la gigantesca catástrofe.

El nombre de Murcia, el óbolo de Murcia no podía faltar en ese movimiento, al que se han asociado con largueza y esplendidez soberanos, presidentes de república y pueblos.

Por eso aplaudíamos ayer la iniciativa del Sr. Alcalde de esta capital, abriendo una suscripción a favor de las víctimas de la Martinica; por eso excitamos hoy al vecindario a que coopere a esta obra, a la vez que de caridad, de obligada correspondencia.

Gratitud obliga: y la que debemos a Francia por su generoso comportamiento cuando la inundación de 1879, nos pone en el caso de demostrar en la ocasión presente que somos un pueblo agradecido a los favores que se nos dispensa.

PLUMAZOS

Un clavel

Lo veía a través del cristal de un escaparate, y aun así me parecía aspirar su aroma penetrante y fresco, y me entraban deseos de arrancarlo de aquella portada del libro y trasladarlo al ojal de mi americana, para que rabiara de envidia el propio Ramón Canadà.

Claro es que me refiero al clavel, al hermoso clavel de Sanchez Picazo, que adorna la portada del libro de Salvador Rueda «El clavel murciano»: no podía hallarse más artística, más perfumada entrada, a los inspirados sonetos del ilustre poeta.

El pintor de las flores, que tan hondo las siente y tan admirablemente las traslada al lienzo, sin que pierdan nada ni en matices ni en aromas, ha hecho para el clavel de Rueda un tan real y artístico clavel, que la inspiración del pintor rivaliza en arrogantes gallardías con la del poeta.

Mil enhorabuenas al amigo Perico, cuya modestia que tanto le enaltece, es la más preciada ejecutoria de su mérito.

INSTANTANEAS

Los de Lara

No tiene perdón de Dios aquel que no los ha visto; porque es una compañía de padre y muy señor mío.

Artistas de un arte grande que tiene fama de chico, sin razón; porque a propósito el mismo Cervantes dijo que «obra de grandes ingenios es hacer reír»; ¡bien dicho!

En «El Patio» de butacas hubo varios individuos que, riéndose, enseñaron hasta «La rueda del juicio».

Yo creo que los de Lara en esta tournée han salido a «Caza de almas», y aunque hacen «El Oso... muertos», yo digo que son artistas de buten y no se casen de «El Nido».

Dicen que con los calores no se puede ir a aquel sitio; pero no son más que excusas, sin razones ni motivos.

¿Cómo van a hacer calores cuando es el tiempo preciso en que se imponen las Nieves... Suarez, que es un genio artístico.

No pueden tener reparos en ir, ni aquellos más místicos, porque hay una *Domus aurea* que vale lo menos cinco y que el pronunciar su nombre es justamente lo mismo que decir la letanía, y pasarse a lo divino.

Y si es Balbina ¡no es cosa! es un monumento artístico, porque es la característica de más carácter que he visto.

De los hombres, pues Romea que es un sucesor muy digno de aquella gloria murciana que en otro tiempo tuvimos.

Santiago, que se las trae, quiero decir que es un tío, un actor de cuerpo entero que no tiene fin de siglo.

Y si es Rodríguez, Rodríguez hace que echemos el kilo y tiene un ángel que nunca ha de ser ángel caído.

Vamos, que se callen todos esos del género chico y donde estén los de Lara allí están «Los señoritos» y está el «Tocinó del cielo» y está lo más escogido de la crema y de la gracia, a quien debemos los ritos que el gran arte se merece,

bajo pena de delito de mal gusto y mala pata y antiestéticos-artísticos.

Plácido Rojer de Larra

UN CUENTO DIARIO

La Bretona

Una tarde del mes de Noviembre, víspera de Santa Catalina, giró sobre sus goznes la puerta de la cárcel de Auberive para dar paso a una mujer de unos treinta años vestida con un traje de lana desteñido y cubierta la cabeza con una gorra blanca.

Era una detenida a quien acababan de poner en libertad, y a la cual llamaban la Bretona sus compañeras de reclusión.

Condenada por infanticidio, hacía seis años cabales que había sido encerrada en la cárcel de mujeres.

Después de haber cobrado sus haberes, veíase al fin libre, con su pasaporte visado para Langres.

El correo de Langres había partido. Llena de temor, se dirigió a la posada principal del pueblo, donde pidió albergue por aquella noche. Pero la posada estaba llena y el dueño le aconsejó que buscara un refugio en la taberna situada al otro extremo de la población.

La tabernera miró con desconfianza a la Bretona y se negó a albergarla en su establecimiento.

La pobre mujer no se atrevió a insistir y se alejó, lanzando maldiciones contra los que tan brutalmente la rechazaban.

No le quedaba más recurso que dirigirse a Langres a pie.

Como en Noviembre cierra pronto la noche, la Bretona no tardó en verse envuelta entre las tinieblas, en medio del camino.

Después de seis años de vida sedentaria, aquella mujer apenas sabía andar ni sufrir el cambio de los zapatos por los zapatos nuevos que llevaba.

Al cabo de una hora, se sintió en extremo fatigada y cayó en tierra, rendida de cansancio y casi muerta de frío.

De pronto en la soledad del camino y entre las ráfagas del viento, le pareció oír el sonido de una voz que cantaba. Aguzó el oído y distinguió la cadencia de una de esas canciones monótonas con las que se duerme a los niños.

Púsose entonces en pie y echó a andar en dirección de aquella voz, y a la vuelta de un camino transversal vio brillar una luz entre las ramas.

A los cinco minutos llegaba a la puerta de una miserable choza adosada a una roca.

Llamó al instante; cesó el canto y acudió a abrirle una mujer de la misma edad que la Bretona, pero envejecida por el trabajo.

—Buenas noches—dijo levantando la lámpara que tenía en la mano—¿qué desea usted?

—No puedo más! —murmuró la Bretona, sollozando.— El pueblo está lejos y si usted quisiera albergarme por esta noche, me prestaría un grandísimo servicio. Además, tengo dinero y puedo pagarle la molestia.

Entre usted—contestó la otra—Pero por qué no se ha quedado usted a dormir en Auberive?

—Porque nadie ha querido aceptarme en su casa, sin duda por haber salido de la cárcel.

—Pase usted y nada tema. No hay conciencia para dejar a una cristiana sin albergue con un frío como este. Dormirá usted en ese montón de paja.

—¿Y vive usted aquí sola?—preguntó con timidez la Bretona.

—Sí, con mi hija, que ha cumplido ya seis años, y me gano la vida trabajando en el bosque.

—¿Es usted viuda?

—Sí, la pobre chica no tiene padre. Ahí tiene usted tres patatas que han quedado de la cena... Es lo único que puedo ofrecerle.

La madre fué interrumpida por una voz infantil que partía de un cuartito

contiguo y separado de la otra habitación por unas planchas de madera.

—¡Buenas noches!—dijo la Fleuriot, que así se llamaba la bondadosa aldeana.— Mi hija es muy miedosa y voy a hacerla dormir. ¡Buenas noches! Cogió la lámpara y se retiró dejando a obscuras a la Bretona.

Esta se acostó después de haber comido y trató de conciliar el sueño, sin que pudiera lograr su propósito.

A través del tabique oía a la Fleuriot hablando a media voz con su hija, a quien había despertado la llegada de la forastera.

La Fleuriot la besaba, colmándola de caricias, cuya cándida expresión emocionaba de un modo extraordinario a la Bretona.

Aquella explosión de ternura despertaba un confuso instinto maternal, oculto en el seno de aquella mujer, condenada en otro tiempo por haber estrangulado al fruto de sus entrañas.

—Vamos, hijita mía—decía la Fleuriot—dúrmete por Dios. Si eres buena, te llevaré mañana a la feria de Santa Catalina.

—Santa Catalina es la fiesta de las niñas, ¿no es verdad, mamá?

—Sí, vida mía.

—¿Y no es hoy cuando la santa regala juguetes a los niños?

—Sí... a veces...

—¿Y por qué no me los regala a mí nunca?

—Porque vivimos muy lejos y somos demasiado pobres.

—Entonces los juguetes son únicamente para los ricos?

—Si eres buena y te duermes pronto, tal vez la santa se acuerde de tí.

—Pues voy a dormirme para ver si me tiene presente.

Reinó el más profundo silencio. La madre y la hija se habían dormido al fin, siendo la Bretona la única que estaba despierta.

En aquellos instantes, pensaba más que nunca en la pobre criatura a quien había dado muerte.

A los primeros resplandores del alba, levantóse la Bretona, salió al campo y se dirigió a Auberive, sin detenerse hasta que hubo llegado a las primeras casas del pueblo.

Empezó a mirar las muestras de las tiendas, una de las cuales llamó al fin su atención.

Se hizo abrir y compró una muñeca de cartón, un Arca de Noé y una casa de campo.

Pero al emprender de nuevo el camino hacia la choza de Fleuriot, detúvose un gendarme. La infeliz se había olvidado de que los detenidos puestos en libertad no pueden permanecer en el pueblo donde han sufrido su condena.

—En vez de merodear por estos contornos, debería estar usted ya en Langres—dijo el gendarme.— ¡Vamos, en marcha!

La Bretona quiso dar una explicación; pero no le fué posible lograr su propósito.

En un abrir y cerrar de ojos buscó el gendarme una carreta y subió a ella acompañado de la detenida.

Púsose en marcha el vehículo, en el fondo del cual la pobre Bretona llevaba bajo el brazo su envoltorio de juguetes.

A los tres cuartos de hora divisó la choza de la Fleuriot y entonces le suplicó al gendarme que la dejara entrar en la cabaña por breves instantes.

Tanto la rogó que nuestro hombre se dejó enternecer y detuvo la carreta.

Ante la puerta de la choza hallábase la Fleuriot, quien al ver a la forastera acompañada del gendarme, se quedó con la boca abierta y los brazos colgando.

—¡Silencio!—exclamó la Bretona.— ¿Duermes todavía la niña?

—Sí, pero...

—Póngale usted estos juguetes en la cama, y dígame que se los ha traído Santa Catalina. Me levanté al rayar el día para ir a buscarlos a Auberive, más, según parece, no tengo derecho a volver allí y me llevan a Langres.

—¡Santísima Virgen!—exclamó la Fleuriot.